



**DANIEL  
PENNAC**  
Los frutos  
de la pasión

La tribu Malaussène y sus allegados tienen el disgusto de anunciarles el próximo enlace de Thérèse Malaussène con el conde Marie-Colbert de Roberval, consejero refrendario de primera clase del Tribunal de Cuentas. Bueno, así es como lo ve Benjamin; opinión no compartida por el resto de la tribu. Pero ¿acaso puede él dejar que su hermanita, su clarividente Thérèse, se case con un perfecto desconocido, un tecnócrata cuyo hermano se ahorcó, el descendiente de una línea de cortesanos delatores y que, por alguna extraña razón, siempre tarda en salir sobre impresionado en las fotos polaroid de Clara? Daniel Pennac había decidido cerrar la saga de esta tribu pintoresca con *El señor Malaussène*. Pero en verano de 1998 no pudo resistirse a la tentación de recuperar sus personajes y publicó, en el semanario *Le Nouvel Observateur*, esta historia con el título *La pasión según Thérèse*. Un relato folletinesco, rocambolésco, donde todas las pistas son falsas y los móviles, imaginarios. Y que depara el enorme placer del reencuentro con viejos conocidos.

*A Tonino*

Un buen zambesazo: quince muertos.

*Christian Mounier*

# I. DONDE SABEMOS QUE THÉRÈSE ESTÁ ENAMORADA Y DE QUIÉN

## 1

Debiéramos vivir *a posteriori*. Decidimos demasiado pronto. No debí invitar nunca a aquel tipo a cenar. Una rendición apresurada, de desastrosas consecuencias. Debo decir que la presión era enorme. Toda la tribu se había empeñado en convencerme, cada cual en su registro, una terrible potencia de fuego:

—¿Cómo? —aullaba Jérémy—, ¿Thérèse está enamorada y no quieres ver a su chorvo?

—Nunca he dicho eso.

Louna tomó el relevo:

—Thérèse conoce a un señor que se interesa por ella, un fenómeno tan improbable como un tulipán en el planeta Marte. ¿Y te importa un bledo?

—No he dicho que me importara un bledo.

—¿Ni siquiera una pizca de curiosidad, Benjamin?

Esta era Clara, con su voz de terciopelo...

—¿Sabes, al menos, qué hace en la vida el amigo de Thérèse? —preguntó el Pequeño, tras sus gafas rosadas.

No, yo no sabía por lo menos lo que hacía.

—¡Se dedica a contar!

—¿A contar?

—Es lo que ha dicho Thérèse: ¡se dedica a contar!

Prohibir nuestra quincallería a un cuentista suponía aniquilar el sistema de valores del Pequeño. De mi propia persona a Loussa de Casamance, pasando por el amigo Théo, el viejo Risson, Clément Clément, Thian, Yasmina o Cissou la Nieve, el Pequeño no había visto otra cosa desde que nació.

—¿Es cierto? —le pregunté algo más tarde a Julie—. ¿El theresófilo es un cuentista?

—Cuentista o mecánico —repuso Julie—, tendrás que pasar por ello, mejor será que cedas enseguida. Organiza una cena.

Mamá, por su parte, estaba en algún lugar, en pleno amor, como de costumbre. Por teléfono, cierta mañana, hacia las diez —circunspectos crujidos de tostada, probablemente nos llamaba desde la cama, tras la bandeja de un desayuno—, se enteró de la buena nueva. Dijo lo que dice siempre, cada vez que una de sus hijas entra en éxtasis.

—¿Thérèse enamorada? ¡Pero es ma-ra-vi-llo-so! Deseo que sea tan feliz como yo.

Y colgó.

En materia de mujeres, es inútil recurrir a los hombres. Consulté con los compañeros, por pura fórmula. Hadouch, Mo y Simon compartían, como debe ser, la misma opinión:

—Siempre te ha supuesto un problema que tus hermanas se peguen el lote, Ben. Quisieras guardarlas para ti, es tu faceta «mediterránea», como vosotros decís.

El viejo Amar, en cambio, echó mano de su apacible fatalismo:

—*Inshallah*, hijo mío, lo que la mujer quiere, lo quiere Dios. Yasmina me quiso porque Dios quiso que yo quisiera a Yasmina. ¿Comprendes? Hay que tener el espíritu tan ancho como el corazón de Dios.

Recordé a Stojil. ¿Qué consejo me habría dado el viejo Stojil, inclinado sobre nuestro tablero de ajedrez, si no hubiera muerto antes de tiempo? Probablemente el mismo que cuando Julie se había metido en el vientre un deseo de progenie:

—Deja hacer a Thérèse.

Respuesta bastante parecida al laconismo ontológico de Rabbi Razon:

—La especie humana es una decisión de mujer, Benjamin. Ni siquiera Hitler pudo hacer nada.

Algo que me confirmó Gervaise, la segunda madre de mi hijo, el doble de Julie, una alma santa, que consagra su

existencia a la redención de las colipoterras, allí, del lado de la calle des Abesses. Fui a consultárselo en el parvulario que ha abierto para todos los hijos e hijas de puta del barrio. La chiquillería ilegítima hacía cabriolas a su alrededor, entre aromas de leche segura y piel nueva. Gervaise emergía de aquel hervidero como el roquedal de la maternidad.

—Si Thérèse quiere tener un hijo, Benjamin, lo tendrá. Es cuestión de ganas. Ni siquiera las profesionales lo resisten. Mira.

Su brazo trazó un círculo por encima de los puteznos que escarbaban en su regazo.

—Si yo no he podido impedirlo, ¿cómo quieres conseguirlo tú?

Había bautizado su guardería como «Al Fruto de la Pasión», por antifrasis. Había empleado a mi hermana Clara, que desembarcaba todas las mañanas con Verdún, Es Un Ángel y el Señor Malaussène. A fin de cuentas, también ellos eran frutos de la pasión. Gervaise y Clara reinaban con mano de seda sobre el pequeño burdel.

Théo, por su parte, mi viejo compa Théo, el amante de los hombres, me sirvió su lamento durante una velada de morriña:

—Pero ¿qué quieres, en definitiva? ¿Que Thérèse sea una muchacha abonada a las muchachas? Hay en la homosexualidad un factor idéntico que, a la larga, deprime; confía en mi insaciable búsqueda, Ben. Y además —añadió—, Thérèse vino a consultarme... Tienes un estrecho margen de maniobra.

—¿Y qué te dijo?

—Lo que le gustaría poder decirte. Pero le das miedo, eres el jefe. Yo soy la anciana tía a la que se le dice todo y que no cuenta nada.

En las Ediciones del Talión, mi trabajo se resentía, claro está. Y no podía esperar nada de la reina Zabo:

—Tóqueme otra vez los huevos con su familia, Malaussène, y le pongo de patitas en la calle. Definitivamente.

La cosa no me gustó.

—De acuerdo, Majestad, me considero despedido.

Tras el portazo, la reina aulló lo bastante fuerte como para que la oyese:

—¡No cuente con la indemnización!

En el pasillo, Loussa de Casamance, mi viejo amigo Loussa, especialista senegalés en literatura china, me preguntó:

—*Chengfa, haizi?* (¿Otra vez castigado, chiquillo?).

Apenas respondí que, esta vez, me largaba de verdad.

—*Wo gai zou le, yilaoyongyi!*

—El verbo al final, chiquillo, te lo he dicho ya cien veces: *yilaoyongyi, wo gai zou le!*

Una vez más, rodeado como estaba, me quedaba solo con un problema que no era mío. Pero bueno, ¡Thérèse Malaussène enamorada! ¡Mi Thérèse de tan frágil rigidez! Mi espiritista de cristal de Murano. Tan quebradiza... ¡Enamorada! ¡Y en una familia donde, que la tribu recordara, el amor solo había engendrado siempre lo irreparable! Mamá, Clara y Louna, sin embargo, lo sabían bien. ¿Cuántas rupturas, cuántos fracasos, cuántas muertes violentas y cuántos huérfanos, a fin de cuentas? El amor había sembrado la familia de cadáveres sobre los que brincaba una chiquillería exponencial, y todas aquellas mujeres estaban dispuestas a volver a empezar de cero, con el corazón renovado, a hechizarse ante el súbito rubor en las hundidas mejillas de Thérèse, identificado ipso flauta como el signo del amor, aunque yo hubiera esperado una inocente tuberculosis.

Es cierto, tómenlo como quieran, pero yo había depositado todas mis esperanzas en el bacilo de Koch. Para aquella rubicundez en mi tan lívida Thérèse, aquel inusitado sentimentalismo en su tan seca palabra, aquella cálida aureola en una muchacha tan fría, aquellas febriles ensoñaciones, aquella reluciente mirada, una sola explicación: tisis. Se puede agarrar la tuberculosis por romanticismo, Thérèse no

carecía de él. Seis meses de antibióticos y se acabó lo que se daba.

Alimenté esta ilusión tanto tiempo como pude, y luego, cierta noche, quise poner las cosas en claro. Media hora después del toque de queda, me introduje en la habitación de los niños y me incliné sobre el lecho de Thérèse:

—Thérèse, querida, ¿duermes?

Sus ojos se abrían, de par en par, a la noche.

—Thérèse, ¿qué te pasa?

Me lo dijo:

—Amo.

Intenté una salida:

—¿Qué es lo que amas?

Pero ella lo confirmó:

—Amo a un hombre.

Tras un evanescente silencio, añadió:

—Quisiera presentároslo.

Y como yo seguía callando:

—Lo haré cuando tú quieras, Benjamin.

Y en esas estaban desde hacía tres días. Conquistando mi aprobación. Los asaltos se repetían. Yo libraba una guerra de trincheras que sabía perdida de antemano. Finalmente, Julius el Perro se llevó el gato al agua.

—¿Y qué dices tú?

Posó en mí unos ojos indiscutibles.

—De acuerdo, invitémoslo mañana por la noche.

También a Julius el Perro le gustaban los cuentos.

## 2

No era un cuentista. Era consejero en el Tribunal de Cuentas. El Pequeño tenía aún la edad de depositar las esperanzas en la homonimia; oía lo que quería oír. Pero el tipo era consejero en el Tribunal de Cuentas, llevaba un traje con chaleco y no tenía deseo alguno de narrar nada. Thérèse nos lo presentó:

—Marie-Colbert de Roberval —dijo—. Es consejero en el Tribunal de Cuentas. Consejero refrendario de primera clase —precisó en un tono almibarado.

Julius el Perro pegó de inmediato la napia en el nalga-men de Marie-Colbert y clavó en mí unos ojos pasmados: aquel tribuno-contador no olía a nada.

—Encantado —dije.

—Su hermano se colgó —anunció Thérèse.

No sé si fue la propia noticia, su carácter inesperado o el tono sereno de Thérèse, pero las reacciones de la tribu carecieron de aquel impulso que habla de auténtica compasión.

—¡Dios mío! —susurró Théo.

—No jodas —dijo Jérémy.

—¿Con qué? —preguntó el Pequeño.

—Lo siento mucho —murmuró Louna sin que se supiera si lamentaba la muerte, consolaba al superviviente o le presentaba nuestras excusas.

Clara fotografió a la pareja, el *flash* disipó el malestar y Thérèse nos señaló a todos mientras la polaroid escupía su foto:

—Mi familia —dijo.

No cabía duda, tenía la sonrisa de la enamorada que presenta al amado su amante y futura familia política.

—Clara lo fotografía todo —añadió riendo.

—Estoy encantado de conocerles por fin —respondió Marie-Colbert.

Era una voz sin entonación pero no sin intención; las había reunido todas en el adverbio «por fin».

Hoy no sé ya qué decir de aquella cena. Thérèse se había empeñado en que asistiese toda la tribu: Théo en el papel de nuestra madre ausente, Amar en el del padre que nunca habíamos tenido, Julie en calidad de esposa legítima, Gervaise como nuestra fiadora moral, el viejo Mediasuela en el cargo de abuelo-artesano, jubilado-y-meritorio, Hadouch, Mo y Simon como primos de provincias, y Loussa de Casamance como el tío cultural, por si la conversación tenía cierta altura. Clara había echado la casa por la ventana, Jérémy preguntó al consejero de Thérèse «qué tipo de consejos soltaba», Marie-Colbert repuso con su voz neutra que «soltaba» otra cosa. Mediasuela había exhibido su medalla de la Ciudad de París, dando a entender que no rechazaría la del Trabajo, Louna esbozó una sonrisa de excusas, Gervaise se interesó cortésmente por lo que contaba el Tribunal de Cuentas, Marie-Colbert se había lanzado a un «rollo» del que se deducía que dicho Tribunal era una policía de las policías de los altos funcionarios, donde austeros y virtuosos profesionales contaban las gomas sisadas por sus compañeros de promoción, el Pequeño había considerado que «contaba bien», pero yo no escuché gran cosa de todo aquello, ocupado como estaba digiriendo una interminable y primera impresión.

Marie-Colbert era un tío tan alto, tan recto y tan bien educado que los faldones de su americana se abombarían siempre sobre sus rechonchas nalgas. Lampiño, metido en carnes, de una palidez ideal, posaba en el mundo una mirada que quería llegar lejos. Su puño era firme —el deporte, como todo lo demás, debió de formar parte de su educación— y no me costaba imaginarlo como un melómano, del tipo que toca Bach a horas fijas, con una obstinación de metrónomo. Sus mangas parecían una pizca demasiado

cortas y nadie habría podido decir si era calvo o iba bien peinado.

Muy avanzada la noche, desperté a Julie para preguntarle qué le parecía.

—Nada —repuso—, un alto funcionario de tamaño natural, eso es todo.

Y eso era lo que me daba la lata. ¿De dónde diablos habría sacado Thérèse semejante espécimen de normalidad?

—De mi trabajo —me respondió cuando le hice la pregunta—, ¡bien sabes que no salgo nunca!

El curro de Thérèse era la buena ventura. La decía en una minúscula caravana checa que Hadouch, Mo y Simon habían sacado de no sé dónde y colocado sobre cuatro perpiaños de cemento, en el bulevar de Ménilmontant, bajo los muros del Père-Lachaise, donde termina el mercado. Soplara el viento, nevara o en plena canícula, la humanidad entera hacía cola ante la caravana de Thérèse. Aun con la mejor voluntad del mundo, no podía imaginar la impecable cabeza de Marie-Colbert emergiendo de aquella muchedumbre.

Solo que Thérèse no mentía nunca.

—Me consulta todo tipo de gente, ya sabes, ¡en París no solo está Belleville!

De acuerdo. Pero volviendo a aquella cena, creo saber lo que olía mal. La causa de mi distracción. Era la foto polaroid que Clara había tomado de la pareja. La había colocado sobre el mantel, a mi lado, antes de ir a la cocina a buscar los platos, y la había dejado olvidada. Nunca me han gustado demasiado las polaroid... Esa nebulosa grisácea en su lenta recomposición... Esos rostros que emergen de un fondo sin grosor... Esa generación espontánea de la imagen... Esa encarnación incontrolable... Y, para terminar, esa alegre conmemoración de un presente recién pasado... No, hay en ello un misterio químico que me impone un canguelo primitivo... el miedo a la revelación, tal vez, de lo que va a verse cuando todo haya sido revelado. Sí, creo

que me pasó la jodida cena acechando la aparición de Thérèse y Marie-Colbert en aquel cuadrado de gelatina nubosa. ¡Y es que la pareja ideal tardaba mucho tiempo en florecer! Thérèse fue la primera que se mostró. Los ángulos de Thérèse. Como se trazan las primeras líneas de un esbozo. Una Thérèse angulosa y amarillenta, primero. Luego, el rojo tísico de sus mejillas en un rostro que no existía aún... la sangría transversal de su sonrisa (se había puesto carmín en los labios por primera vez en su vida)... Pero ¿a quién le sonreía? Ni el menor rastro de Marie-Colbert. Thérèse iba recomponiéndose sola en un vacío donde se transparentaban los primeros elementos del decorado. Pero no de Marie-Colbert. ¿Tuve miedo, realmente? ¿Me dije acaso que Thérèse se había ligado a un vampiro salido del Père-Lachaise para hacer cola ante su caravana y desangrarla por completo? Algo de eso había, a juzgar por el alivio que sentí al ver cómo iba dibujándose, por fin, la pálida masa del consejero refrendario... Su impecable traje, primero... él en su traje, luego... y su rostro, por fin, al que mi hermana Thérèse sonreía.

Toda la cena debió de irse en eso, porque el último recuerdo que conservo de la velada es el ancho rostro de Marie-Colbert, inclinado sobre mí, plana sonrisa, mirada precisa, palabras susurradas, mientras la tribu se extasiaba ante la foto:

—Tendría que hablar con usted, Benjamin.

El parecido les parecía pasmoso.

—En privado —precisó.

Alababan la fidelidad de los colores.

—Mañana, a las dos.

¡Una pareja realmente encantadora!

—¿Le parece en el bar del Crillon?

Un futuro prometedor.

—Hablabamos de la boda.

## II. DONDE SE CONOCE ALGO MÁS AL NOVIO. Y LO QUE DE ÉL SE PIENSA

## 3

Al día siguiente, entre los dorados del Crillon, a las dos clavadas, Marie-Colbert de Roberval («Llámeme MC2, Benjamin, así lo hacíamos en la Escuela, entre compañeros de promoción»), MC2, pues, me anunció su intención de casarse con Thérèse en el más breve plazo. Puesto que sus obligaciones profesionales le dejaban poco tiempo para discutirlo, no me solicitaba la mano de mi hermana, simplemente se la concedía. Se casaría con Thérèse dentro de quince días, eso es.

—En Saint-Philippe-du-Roule.

(«¿Sabes cómo los mastuerzos llamaban a Pétain, durante la Ocupación?», me preguntó Julie a esta altura de mi informe. Yo no lo sabía. «San Felipe y el rulo»).

—Bajo el régimen de comunidad universal de bienes —precisó MC2 removiendo su café—. Todo lo mío será suyo. Por su parte...

Se hizo un silencio de cucharillas.

—Ella me basta ampliamente.

Un modo de decirme que un príncipe aceptaba a mi Cenicienta, con o sin carroza. (¡La pasta utiliza esas pinzas para hablar del precio del sentimiento!).

—No vaya a deducir que Thérèse llevará una vida de mujer mantenida, Benjamin. No es su carácter.

Silencio. Mirada convincente. Palabras sopesadas:

—Su hermana es una mujer excepcional.

Era la primera vez que Julius el Perro y yo oíamos hablar de Thérèse en calidad de mujer. Puesto que cualquier cumplido merece su recompensa, Julius hundió un hocico chorreante de afecto en la entrepierna cuñadística y su cola barrió alegremente nuestras dos tazas ya mediadas. Lluvia de café, azucarero volante, silencioso *ballet* del lacayaje, baye-